

Alfredo ALVAR EZQUERRA y Gonzalo GÓMEZ GARCÍA, *Los «Padres de la Historia» en Castilla (1476-1688). Una revolución historiográfica en la cultura europea*, Madrid, Universidad Carlos III de Madrid - Instituto Julio Caro Baroja; Dykinson, 2020 (Anejos de la Revista de Historiografía, 11), 325 págs. ISBN: 978-84-1324-863-9.

A los historiadores de hoy se nos podría aplicar aquello de “somos enanos a hombros de gigantes”, porque, aunque tal y como demuestra la obra de Alvar Ezquerro y Gómez García, la historiografía no siempre ha seguido un camino hacia el progreso –fruto de un avance continuo y homogéneo a lo largo del tiempo–, gran parte de nuestra actividad como historiadores –tanto a nivel de investigación, como de escritura de la historia– es deudora de las bases y los avances metodológicos y heurísticos aportados por muchos de los que nos precedieron en el oficio. En relación a ello, esta monografía estudia un período historiográfico complejo, aquel que se extiende entre el reinado de los Reyes Católicos y finales del siglo XVII; un tiempo en el que, entre avances, detenciones e incluso retrocesos –pensemos en esos falsos cronicones en los que, de todos modos, los autores no se detienen por ser un tema abundantemente tratado por otros (pág. 162)–, tuvo lugar lo que desde el título de este libro se presenta como “una revolución historiográfica”. Se trata de un momento trascendental en la historiografía de la Corona de Castilla, que se analiza muy acertadamente en el marco de una cultura europea marcada por las conexiones, las reacciones y las influencias transfronterizas. Tampoco podemos olvidar que se trata de una historiografía que en el siglo XVI acusó con fuerza el impacto del Humanismo y de la Contrarreforma católica.

Atendiendo a los contenidos concretos de la obra, esta comienza con un

prólogo titulado “«Hitos» y «contextos» historiográficos” (págs. 17-23), en el que se presenta el objeto de estudio: el interés por los “Padres” —o “Demiurgos”— de la Historia. Es decir, aquellos autores que, no partiendo de la nada, sino aprovechando lo existente, se dedicaron a deputarlo mediante la crítica de fuentes, lo ampliaron con la búsqueda de otras nuevas y aspiraron a escribir una nueva historia “basada en la verdad y la razón”. Los protagonistas del libro son, pues, aquellos que, frente a la mera erudición, se plantearon “qué era la Historia y el escribir”. En todo caso, no se trata, como indican los autores desde el principio, de hacer una “historia de los historiadores, o de la historiografía de nuestros Siglos de Oro”, sino de acercarse a ellos –fundamentalmente a quienes intentaron y lograron cambiar la metodología histórica– y, en buena medida, situar a los cronistas en sus “hitos” y “contextos”, entendiendo los primeros como “los fenómenos que influyeron de manera decisiva en la ciencia de historiar” y los segundos como “los factores que influyeron en los cronistas, y que sirvieron para generar las obras que más peso han tenido historiográficamente en la España de los Austrias”, es decir, conocer la formación de estos autores y reconstruir su “medioambiente social”, siendo especialmente relevantes las relaciones que tejieron entre ellos y la circulación de materiales, borradores e inéditos a que dieron lugar. Así, resulta especialmente sugerente el planteamiento de la obra de “ir escribiendo una historia social de los cronistas y de los historiadores”,

ofreciendo “la vertiente social del oficio, o de la afición, por historiar”.

En la primera parte —“En los principios” (págs. 25-40)— se ofrecen dos apuntes: uno sobre “los fundamentos del oficio de cronista” y otro sobre “las fuentes historiográficas”. En torno al primero, los autores se aproximan a algunos cronistas medievales y sitúan en el siglo XV el momento de consolidación y maduración del oficio de cronista en Castilla. También abordan la vinculación de los cronistas a la Monarquía a través de la Cancillería y los cambios hacia una nueva forma de historiar en un contexto nuevo, en el que los nombramientos de Nebrija y Sículo fueron fundamentales para “el viraje hacia la italianización de la historiografía”. Respecto a las fuentes historiográficas, se entiende fundamental reflexionar sobre las que usó cada historiador porque “nos muestra su nivel científico en dos aspectos: la heurística, como proceso de búsqueda de las fuentes de base y el reconocimiento de los contenidos de las obras, y la hermenéutica o interpretación de los textos” (pág. 34). De esta forma, el grado de fiabilidad concedido por los autores a las fuentes que utilizaron, sus técnicas para racionalizarlas, la búsqueda de otras nuevas, la incorporación de autores coetáneos o inmediatamente anteriores como fuentes de información o el uso de las ciencias auxiliares son aspectos fundamentales para evaluar los cambios historiográficos en un contexto en el que también cabe destacar la creación de archivos o los avances tecnológicos que facilitaron los viajes y las relaciones epistolares, esto es, la dinamización de los intercambios culturales e intelectuales.

En la segunda parte —“Un «contexto fuera de lo común: la Universidad de Alcalá” (págs. 41-101)— se abordan muy

diversas cuestiones, pero destacando entre ellas la gran importancia formativa y relacional de la Universidad de Alcalá. De hecho, en ella fue profesor Nebrija, cuya principal aportación a la historiografía del siglo XVI se dice que “fue la filología”. Se destacan, pues, las innovaciones en las “ciencias auxiliares”, a la par que se reivindica la influencia de la historiografía humanística italiana en el ámbito peninsular. En este punto —y se reitera en otros lugares del libro— se reflexiona sobre el supuesto papel “publicístico” y “legitimador” de los cronistas desde los Reyes Católicos a Felipe III. Es interesante la advertencia que contienen estas reflexiones sobre el abuso que se hace de esta idea actualmente dentro de la historiografía centrada en los estudios sobre cronística y/o Monarquía. De hecho, se señala que “no debemos confundir «apoyar» o «exaltar» con «pretender legitimar» o «hacer publicidad»” (pág. 47). Al analizar más específicamente la Universidad de Alcalá como “contexto” clave para la “revolución” historiográfica, resulta interesante su valoración como espacio clave en el “entorno europeo” por el que pasaron los “mejores críticos de fuentes en la Edad Moderna”, lo que no implica que allí se enseñase a historiar, “sino que se sentaban las bases de un correcto método científico (...) que fomentaba el uso y la pureza de disciplinas que ayudaron a reconstruir la Historia”. A ello se sumaba el acceso a la nutrida biblioteca del Colegio Mayor de San Ildefonso, así como a diversas imprentas y librerías próximas, además de ser relevante el vínculo de la Universidad de Alcalá con la Monarquía a través del patronato regio. A continuación, tras un breve epígrafe genérico sobre los “rasgos administrativos del oficio de cronista real”, se ofrecen “los prolegómenos a Ambrosio de Morales”, primero al revisar la figura y aportacio-

nes de Florián de Ocampo y, después, la influencia historiográfica (y los vínculos) del veronés Onofrio Panvinio en Castilla, en el marco de los importantes cambios que implicaron para la historiografía cristiana el Concilio de Trento y la reacción a las *Centurias de Magdeburgo* luteranas.

La tercera parte –“El «contexto» de la revolución historiográfica” (págs. 103-141)– se centra en situar la base y la estabilización de la renovación científica en la historiografía de mediados del siglo XVI en torno a Ambrosio de Morales. Este constituye la figura fundamental de la “revolución” historiográfica que vive Castilla al dedicarse al método histórico y a reconstruir “el modelo clásico a través de la epigrafía, la arqueología, la numismática, los textos clásicos en manuscritos, las fuentes originales no impresas, las visitas a archivos monacales y las anotaciones de la tradición oral del paisaje castellano”. Además, cabe destacar su aportación de “narrar las crónicas de España como historias eclesiásticas haciendo hincapié en el método científico usado para tal fin”, la importancia que concedió a la crítica textual o a “historiar con ánima” –preocupándose más por los contenidos que por el continente–, así como su papel como continuador “de la Historia social iniciada por Páez de Castro”. Supuso, pues, avanzar en la conformación de un método epistemológico que aún se usa hoy en día de forma preferente. Entre sus influencias, los autores no solo destacan a Panvinio, sino también a Antonio Agustín, figura que se considera clave tras Trento y que, junto a autores como Jerónimo Zurita, Luis de Lucena, Ginés de Sepúlveda o Juan Páez de Castro, conforman un rico contexto científico en la segunda mitad del siglo XVI en el que fluyeron las cartas “entre eruditos y los demiurgos de la Historia”. En esta parte también se estudia como “hito” his-

toriográfico la creación y apertura de archivos y bibliotecas –caso de los archivos de Simancas y Roma o de la biblioteca de El Escorial–, que facilitaron las tareas de “recopilar, catalogar, escribir” en el contexto de una nueva forma de historiar que revalorizaba las fuentes y la crítica de las mismas.

La cuarta parte –“Un «hito» en la comunicación de la ciencia: Juan de Mariana” (págs. 143-159)– amplía la reflexión sobre los cambios historiográficos en el siglo XVI al centrarse en la cuestión de cómo contar la Historia. En este sentido, la figura que encabeza la reflexión es Juan de Mariana, en cuya historiografía se distinguen, a ojos de los autores de este libro, dos partes: “el proceso de documentación o de acopio de materiales y, en segundo lugar, el de elaboración o escritura final de la obra”. En todo caso, no reducen el papel de Mariana al de mero comunicador de la ciencia histórica, sino que lo valoran también como científico, rechazando la imagen de “mero basto compilador”. De hecho, con un estilo irónico que se vislumbra en diversos momentos del libro, los autores señalan: “Investigar, divulgar y comunicar. Si eso no es hacer ciencia... ¿qué es hacer ciencia?, o lo que es peor, ¿para qué hacerla?” (pág. 155). Ciertamente, en esta parte de la obra se detalla el paso que dio Mariana “de la ciencia de investigar (...) al arte de contar la historia mediante la comunicación”, desmarcándose del tono científico para dar importancia a la narrativa final de la Historia.

La quinta parte –“El «contexto» de la paralización de la historiografía en el cambio de siglo” (págs. 161-175)– analiza el cambio historiográfico que se produjo a inicios del siglo XVII y que supuso una paralización de los avances revolucionarios conseguidos con anterioridad.

Los cronistas cobran protagonista en esta parte, en la que se destaca la vuelta “a la costumbre de escribir los hechos del rey y no del reino” y una “unión en la que la paráfrasis (...) sustituía al epitome humanista”. Además, se ofrecen unas claves interpretativas sobre “los autores que, sin ser cronistas oficiales, buscaron con ahínco remover las bases del arte de escribir Historia”: Luis Cabrera de Córdoba, fray Juan Pérez de Pineda, fray Prudencio de Sandoval –quien destacó por su labor heurística–, Antonio de Herrera y Tordesillas o Gil González Dávila.

Por último, la sexta –aunque en la publicación se observa la errata del numeral romano V– parte del libro –“Dos nuevos «hitos»: Nicolás Antonio y los *novatores*” (págs. 177-191)– destaca un nuevo cambio historiográfico, el que se empieza a detectar a finales del siglo XVII y que supuso un nuevo impulso científico a favor de la búsqueda de la verdad mediante métodos críticos. En este sentido, se analiza la figura de Nicolás Antonio y el movimiento de los *novatores* en la etapa final de la monarquía de los Austrias, vislumbrándose el camino hacia una nueva realidad que ya entronca con la Ilustración y que recupera muchos aspectos que se habían visto paralizados tras el detenimiento de la “revolución” historiográfica del siglo XVI: la búsqueda de nuevas fuentes, los intercambios epistolares, los viajes, la recuperación de los clásicos greco-romanos, la crítica de fuentes o plantearse una nueva Historia de España.

Tras un breve Epílogo (págs. 193-196) en el que se ofrecen unos apuntes finales sobre lo aportado y se insiste en la importancia de que el historiador busque la verdad histórica con método –que haga ciencia– y la divulgue –pues “lo que él no explique lo «explicarán» otros”–, se incor-

poran varios “Anexos” (págs. 197-313). Por su amplitud e interés, estos últimos conforman una parte esencial del libro. Complementan e ilustran buena parte de los datos y reflexiones que conforman el estudio y, por ello, animamos al lector a que los consulte. Una primera sección incluye diversos documentos de interés, desde el nombramiento de cronista real a favor de Juan de Flores en 1476 hasta un fragmento del Quijote cervantino, pasando por el testamento de Ambrosio de Morales antes de entrar en religión o diversas cartas, nombramientos o documentos de diferente entidad. A continuación, se incorporan imágenes de “portadas de obras históricas y otros testimonios”, que tal vez habrían cobrado más sentido integradas en el texto. Tras ellas, se publican un diagrama en el que se recogen las “relaciones epistolares entre historiadores, eruditos y gentes de letras” y que permite visualizar perfectamente la trama relacional existente entre ellos (págs. 280-281), un cuadro en el que se sintetizan algunas de las claves contenidas en los prólogos y exordios de las obras históricas de algunos de los autores tratados en el estudio –el método científico expuesto, las carencias halladas, las soluciones propuestas o las fuentes citadas en el prólogo–, otro anexo en el que se expone la metodología científica según algunos “teóricos” como Fox Morcillo, Antonio de Herrera, o Juan Antonio Viperano, y se concluye con una relación, no exhaustiva, de “Fuentes manuscritas de apuntes de historiadores”. Finalmente, el libro se cierra con la correspondiente “Bibliografía” de conjunto (págs. 314-325).

Cabe señalar que la obra se presenta como parte de los resultados del proyecto de investigación de Plan Nacional de I+D+i, dirigido por el propio Alfredo Alvar Ezquerro, que lleva por título “Intercambios culturales personales tangibles e

intangibles (ss. XVI-XVII) (HAR2014-55233-P). Y, de hecho, si algo queda claro y se destaca en el conjunto de este estudio es el protagonismo que tuvieron los intercambios culturales entre los diferentes historiadores y cronistas que coexistieron en las centurias estudiadas. Unas conexiones que se dieron con suma frecuencia e intensidad y que, en buena medida, adquirieron materialidad a través de unos intercambios epistolares sumamente fluidos. En este sentido, el estudio de las cartas –y no exclusivamente de las obras (impresas o inéditas) que escribieron– permite conocer no solo las relaciones entre los agentes historiográficos –cuyas trayectorias se van esbozando a modo de aproximación propopográfica– sino también las influencias y aportaciones que cada uno de ellos recibió y dejó en el contexto historiográfico del momento. Y es que, a mi entender, uno de los aspectos más interesantes de este trabajo es comprobar cómo, más allá del impacto historiográfico que puede tener un autor gracias al éxito y difusión de sus obras, existían otro tipo de canales para la transmisión de su autoridad, influencia, método y conocimientos. Lo que antaño fueron cartas, tal vez en nuestro tiempo sean correos electrónicos, conversaciones cara a cara o videollamadas. En todo caso, cabe plantearse cómo se conforma y enriquece nuestra historiografía y la comunidad de historiadores más allá de la aparición e impacto de determinados hitos historiográficos en forma de libros, capítulos o artículos –sea en revistas o editoriales de mayor o menor reconocimiento–. En relación a ello, son muchas las reflexiones –no solo sobre la historiografía pasada sino también sobre la presente– que se pueden abrir a partir de la lectura de una obra como esta, preocupada, como el proyecto dentro del cual nace, por recuperar los intercambios culturales personales tangibles

e intangibles, en este caso concretados en torno a la historiografía de la Corona de Castilla en los siglos XVI y XVII. Una historiografía, por otra parte, dentro de la que se reconoce en todo momento la existencia de autores diversos, lo que implicaba la coexistencia de diferentes modos de hacer y contar la historia. Por otra parte, es importante destacar que las relaciones entre estos autores desbordaron los límites geográficos de lo inmediato –por más que espacios como la Universidad de Alcalá o los ambientes cortesanos se convirtiesen en espacios relacionales y de intercambio intelectuales privilegiados–. En este sentido, cabe apuntar que mucho antes de que la “internacionalización”, la “inter/trans/multidisciplinariedad” y la necesidad de “comunicar” se convirtiesen en mantras exigidos a investigadores nobles y consagrados –aunque, como indican los autores (pág. 196), a veces parece que se insiste en que “hay que «comunicar» de otra manera” pero “casi da igual el qué o el cómo”, cuando “no da igual, porque no todo vale” (o no debería valer) y todas estas exigencias se quedan en palabras vacías nutriendo memorias de la “excelencia”–, los “Padres” o “Demiurgos” de la Historia estudiados en este libro ya pusieron en marcha o se vieron inmersos en este tipo de procesos.

Estamos, pues, ante un libro cargado de erudición –que a veces adolece de ciertas reiteraciones y en el que resulta evidente el reaprovechamiento de los estudios previos que los dos autores han realizado sobre el tema, el contexto y los protagonistas– gracias al cual obtenemos una imagen precisa sobre los agentes, modos y tiempos de una “revolución” historiográfica que tuvo lugar en la Edad Moderna y que asentó, en buena medida, el arranque de una comunidad científica de la que somos herederos directos al repetir sus

métodos de trabajo –que incluyen “la búsqueda de documentos originales, el cotejo de los ya conocidos, el viaje en pos de los registros que aún existan donde quiera que estén depositados (pág. 193)”, así como la incorporación de un espíritu crítico ante dichas fuentes y ante la bibliografía precedente y coetánea con el objetivo de acercarse a la “verdad histórica”– y dentro de la cual también se planteó la necesidad de transmitir el conocimiento adquirido, tanto a un nivel más general como dentro de una “república de las letras” claramente interconectada. El libro nos anima, pues, a reflexionar sobre los cambios y las for-

mas de hacer historia en el marco de un contexto bien diferente al nuestro, pero en el que sigue estando vigente “el reto de hacer ciencia y divulgarla”, lo cual, como se concluye en el Epílogo (y lo compartimos), “sigue siendo fascinante”. Además, se nos deja claro que “con documentos, con reflexión, con estructura y con redacción daremos forma a las respuestas que nos planteamos como historiadores a diario” (pág. 195). Toca trabajar en ello, pero reconociendo en todo momento a esos gigantes que asentaron las bases de nuestra historiografía y gracias a los cuales cada vez podemos ver un poquito más lejos.

Miguel García-Fernández

*Instituto de Estudios Gallegos Padre Sarmiento
(CSIC-Xunta de Galicia)*